

NOTAS

ILUSIONES LIBERALES, CIVILES Y ELITES EN EL PERU
DEL SIGLO XIX

Juan Luis Orrego Penagos
Pontificia Universidad Católica del Perú

Hacia 1828 al recorrer los viejos poblados colombianos, Simón Bolívar, presa de un profundo pesimismo, describía la situación de semi-esclavitud en que seguían viviendo los grupos populares, sometidos a los alcaldes y hacendados y privados de los derechos elementales: "En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente, por su influjo, por sus pretensiones y peso sobre el pueblo a la aristocracia de títulos y de nacimiento la más despótica de Europa. En aquella aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos; pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren no para el pueblo que, según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren también la igualdad, para elevarse a los más caracterizados, pero no para nivelarse con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo" (Citado en Lynch 1986: 2669). Si bien esta descripción se inspiró en la realidad de un país vecino, el diagnóstico del Libertador puede extenderse a toda Latinoamérica por aquellos años. Entonces ¿cómo tratar de explicar ambivalencia liberal y la continuidad de una sociedad aristocrática?

1. *El escenario liberal*: La Revolución Francesa, que dio lugar al primer intento importante de implantar el modelo burgués y liberal, fue exaltada por sus seguidores latinoamericanos como un ejemplo histórico a pesar de su fracaso práctico. Nuevamente se intentaba trasplantar a la realidad latinoamericana un molde foráneo, esta vez construido mentalmente desde conversaciones de salón, gabinetes de estudio y bibliotecas. Es decir, los intentos de realizar los objetivos políticos se vieron frente a una realidad más rica y compleja de lo previsto, a pesar de lo cual los *partidos* o grupos políticos de la región fueron incapaces de imaginar soluciones originales para los problemas singulares que afectaban a sus sociedades.

La independencia política de Hispanoamérica dio inicio al ensayo de implantar los modelos de Estado-Nación que las ideologías burguesas del Viejo Continente habían diseñado. Sin embargo, sabemos que la creación de los nuevos estados precedió a la formación de las naciones debido a que el surgir de la conciencia nacional fue lento, parcial y sujeto a muchos obstáculos. Recordemos que durante el siglo XVIII, especialmente cuando la coyuntura de la aplicación de las Reformas Borbónicas, se desarrolla un sentimiento regional criollo, un amor a “la patria” —como lo expresaban los redactores ilustrados del Mercurio Peruano— en su sentido de tierra natal; nuestra historiografía ha demostrado cuán celoso era el sentimiento criollo frente a los burócratas, comerciantes y religiosos recién llegados de la Península. Definitivamente, no creemos que pueda llamarse sentimiento nacional a ese regionalismo natural, aliado por lo demás a una fidelidad casi general por parte de la élite de entonces a la Monarquía Española (Orrego 1993).

Durante del proceso independentista y aún después de él, los liberales criollos pensaron que el estado se formaba tras el ideal de la homogeneidad étnico-lingüística y cultural. En este sentido, al igual que sus coetáneos europeos, no pudieron percibir que la libertad cultural y el pluralismo gozan de mayor protección en los estados plurinacionales y pluriculturales y no en aquellos donde autoritariamente se pretende organizar a la población desde arriba, convirtiendo en cultura nacional la cultura de la élite.

Por ello, los liberales consideraron que los indios eran un obstáculo para la formación de las nuevas nacionalidades. Era preciso destruir la autonomía e identidad que las comunidades campesinas habían heredado desde el siglo XVI a fin de que sus pobladores se integren a la “nación” mediante la dependencia política y la participación económica. Incluso cuando en 1823

Bolívar intentaba dar un contenido social y agrario a la Independencia, quiso repartir las tierras comunales entre los indios y los propietarios privados. En el caso peruano, sin embargo, como las grandes haciendas ocupaban ya la mayor parte de las tierras de mejor calidad, los decretos del Libertador no tuvieron otro efecto que hacer más vulnerables a los indios, porque darles tierras sin capital, sin instrumentos de labranza y sin protección era ponerlos en camino de endeudarse con otros propietarios más solventes, a los que al final habrían de entregar sus tierras para saldar las deudas contraídas e incluso trabajar para ellos como peones endeudados. Así, el siglo XIX fue testigo de la desintegración de muchas comunidades indias, mientras que las haciendas se apoderaban de sus tierras y absorbían a sus trabajadores. Similares casos se vieron en México o Colombia, países donde la legislación liberal trató de destruir las entidades comunales con el objeto de poner en circulación las tierras de los indios y obligarlos a poner de su medio original y lanzarlos a la sociedad del *laissez faire*.

Lo que los liberales proponían era una intención velada: hacer de lo económico el eje de la interacción social y asignar al Estado la misión de servir a los intereses de la economía; y la mejor manera como el Estado cumpliera esta función era protegiendo las garantías individuales. De esa forma se suponía que el progreso social se dirigía, casi inevitablemente, hacia un progreso sin límites.

2. *El Perú, un caso atípico*: Mucho papel se ha gastado en tratar de diferenciar a los grupos liberales y conservadores durante el siglo XIX. Recientes estudios están demostrando la cercanía ideológica entre ambos sobre todo en cuestiones sociales, más no en política comercial. Y es explicable: de alguna forma los intelectuales de ambos bandos eran descendientes de la sociedad colonial, imbuida de un discurso jerárquico e inflexible. Debido a la difícil coyuntura de estos primeros años, ambos sectores defendían la disciplina y el orden frente a los grupos populares. Un liberal de aquel entonces, Manuel Lorenzo Vidaurre, al pedir sentencia para los acusados de apoyar una sublevación en 1827, se quejaba en estos términos: “Son indios, negros, personas estúpidas, que oyen voz de naturaleza que impele a la defensa de los derechos: no saben las reglas establecidas entre nosotros. Pocos son los discípulos de Locke” (Citado en Walker 1990: 113).

En esto sí fueron consecuentes los liberales. Sus intelectuales, al plasmar las ideas en los textos jurídicos, se esforzaron en obstaculizar la posibilidad de una democratización de la vida pública. Aumentaron de veintiún a

venticinco años la edad mínima de los votantes, limitando ese derecho a los alfabetos y exigiendo cierto nivel de ingresos para poder acceder a los cargos públicos con todo lo cual quedaba marginada la gran mayoría de la población (Basadre 1980: 19-21).

Gracias a los trabajos de Paul Gootenberg (1989) sabemos que, en materia de política comercial, los liberales fracasaron hasta promediar la década de 1850. A diferencia de lo que se pensaba, el grupo que defendía el librecambismo no era numeroso ni pertenecía a la élite dominante. Estaban en él los comerciantes extranjeros asentados en el país; los representantes consulares de Inglaterra, Estados Unidos y Francia; algunos intelectuales y profesionales de Lima; caudillos herederos de la ideología bolivariana y la élite económica de Arequipa. Como vemos, por su naturaleza social, geográfica y política era un grupo muy diverso que creó contradicciones y desavenencias al interior. Esto paralizó su capacidad para organizar un movimiento de comercio libre viable. Teóricamente buscaban crear un Estado menos centralizado y una economía más abierta, sin embargo, nunca tuvieron políticas concretas para lograr la igualdad social y económica.

Los comerciantes y representantes extranjeros lucharon infructuosamente en lograr tarifas bajas de importación y tratados para establecer un sistema liberal de comercio. Sus ideólogos, asentados principalmente en Lima, demandaban no sólo la reducción de las elevadas tarifas arancelarias sino el desarrollo de una economía orientada a la exportación hacia los mercados del Atlántico Norte. Por su parte, la élite arequipeña, por sus tempranos vínculos al mercado inglés con exportaciones de lanas, salitre y quinina defendía el libre comercio para acercarse además al mercado boliviano. Sus caudillos —como Vivanco, Nieto o Santa Cruz— carecieron de apoyo en la conservadora y proteccionista Lima como en la costa norte y al interior del país.

Los liberales fracasaron. Aparte de las razones anteriormente expuestas queda comentar la más importante: la fragilidad política del Perú. Sabemos que para manejar la liberalización, la integración financiera, convenios y estabilidad económica para un desarrollo liberal autorregulado es importante un Estado local fuerte y estable. De otro lado, tampoco hubo una élite colaboradora confiable. Recordemos que por estos años el Estado fue considerado un botín por los caudillos militares y que el promedio de duración de un Presidente fue de un semestre. Revisemos algunas estadísticas. Entre 1821 y 1845, es decir, en un período de veinticuatro años, se sucedieron 53 gobiernos, se reunieron diez congresos y se promulgaron siete textos generales de ley;

en 1838 existieron siete presidentes casi simultáneamente (Griffin 1949: 170-187).

Es lógico pensar que ante este panorama político y social, muy poco es lo que se podía lograr en materia de liberalización. Como concluye Gootenberg, el arma secreta del Perú contra las presiones liberales era su absoluta impredecibilidad. Por último, habría que anotar que el Estado peruano de aquella época aún estaba en formación y, como heredero del molde borbónico, su élite mantenía un tenaz sentido de la soberanía diplomática, especialmente anti-anglosajona, que la hacía refractaria ante las presiones de las potencias extranjeras. Todo esto consolidó el proteccionismo hasta la aparición del guano en la escena nacional.

3. *La élite del guano*: Es un lugar común afirmar que los años que siguieron a la Independencia fueron muy difíciles para el país. La destrucción material provocada por los ejércitos patriota o realista, y luego los trastornos del caudillismo militar, no fue el marco propicio para el surgimiento de una sólida élite nacional. La antigua aristocracia colonial quedó económicamente débil y políticamente pasó a un segundo plano.

Esta precaria situación no cambió hasta que a inicios de la década de 1840 se exportaron los primeros cargamentos de guano. A partir de entonces el Perú exportó millones de toneladas de aquel estiércol que las aves marinas depositaron generosamente durante siglos en nuestro litoral. La razón de esta feliz coyuntura para el fisco era sencilla: Europa y Norteamérica debían incrementar su producción agrícola para resolver los problemas generados por la Revolución Industrial, y el guano peruano demostró ser un excelente fertilizante allá en los campos de cultivo de la cansada Europa.

No es este el lugar para repetir un capítulo tan conocido de nuestra historia. Para los efectos de este ensayo basta señalar que los ingresos por las exportaciones guaneras permitió superar parcialmente la anarquía política, así la élite nacional quedó recompuesta. Esto último es lo que quisiéramos analizar con mayor detenimiento.

Desde que la aristocracia peruana fue calificada por José de la Riva-Agüero y Osma como “boba e incapaz de todo esfuerzo”, dicha sentencia ha sido mecánicamente utilizada para demostrar que el pasado peruano es la historia del fracaso de las clases dominantes. En este sentido, la élite del siglo XIX ha recibido la censura de ser una clase rentista y parasitaria (Yepes

1972; Bonilla 1974; Cotler 1978; y Gilbert 1882), no obstante, tales afirmaciones deben ponerse en revisión según últimas investigaciones (Palacios 1989; Mc Evoy 1989; Orrego 1990; Marcone 1990; Gandolfo 1991; Gootenberg 1993; y Olaechea 1993).

Ciertamente no se trata de un redimir a todo un sector cuya gran mayoría realmente actuó de un modo individualista, pero tampoco podemos hacer una generalización de un fenómeno que, como veremos, tiene más de un matiz.

A partir de la década de 1820 se inició una lenta transformación material y mental de nuestra sociedad, y los extranjeros que comenzaron a llegar tuvieron mucho que ver. Estos inmigrantes, en su mayoría europeos, desempeñaron un rol esencial en el desenvolvimiento del comercio y la aparición de las primeras "industrias". Este fue, hasta 1850, el grupo básico de una burguesía en gestación. A los extranjeros se le agregaron comerciantes y mineros nacionales de apellidos no tradicionales o descendientes de familias extranjeras. El conjunto de estos sectores sociales consolidó en la época del guano un grupo emergente de base material "capitalista" formando verdaderas fortunas. Pensamos que las dimensiones del grupo en cuestión fue de grandes proporciones, incluso sobrepasando por su riqueza y manejo en los negocios a la aristocracia tradicional. Aun más: logró suplantarla en el campo de la política.

Así llegó a formarse una mentalidad económica basada en el espíritu de empresa, identificada con el trabajo creador y el esfuerzo individual. Estos sectores estuvieron marcados por el estilo burgués ya que habrían sido extraordinariamente permeables a la influencia de los comerciantes foráneos. Ellos hicieron un gran aporte a la audacia y a la imaginación porque tenían otra mentalidad, propia de un ámbito cultural basado en una filosofía que valoraba la acumulación material y el culto del individuo.

El reciente trabajo de Paul Gootenberg (1993) analiza los postulados económicos de estos grupos emergentes en relación al desarrollo del país en la coyuntura de la progresividad falaz del guano (1840-1880). Lo importante de esta investigación es comprobar cómo algunos miembros de la élite de entonces se preocuparon en desarrollar un conjunto de ideas orientadas en no desaprovechar los capitales provenientes del guano e invertirlos para fortalecer la economía local y promover una "industrialización" observando los ejemplos de Europa y, sobre todo, el norteamericano. Para ello el autor también

1972; Bonilla 1974; Cotler 1978; y Gilbert 1882), no obstante, tales afirmaciones deben ponerse en revisión según últimas investigaciones (Palacios 1989; Mc Evoy 1989; Orrego 1990; Marcone 1990; Gandolfo 1991; Gootenberg 1993; y Olaechea 1993).

Ciertamente no se trata de un redimir a todo un sector cuya gran mayoría realmente actuó de un modo individualista, pero tampoco podemos hacer una generalización de un fenómeno que, como veremos, tiene más de un matiz.

A partir de la década de 1820 se inició una lenta transformación material y mental de nuestra sociedad, y los extranjeros que comenzaron a llegar tuvieron mucho que ver. Estos inmigrantes, en su mayoría europeos, desempeñaron un rol esencial en el desenvolvimiento del comercio y la aparición de las primeras “industrias”. Este fue, hasta 1850, el grupo básico de una burguesía en gestación. A los extranjeros se le agregaron comerciantes y mineros nacionales de apellidos no tradicionales o descendientes de familias extranjeras. El conjunto de estos sectores sociales consolidó en la época del guano un grupo emergente de base material “capitalista” formando verdaderas fortunas. Pensamos que las dimensiones del grupo en cuestión fue de grandes proporciones, incluso sobrepasando por su riqueza y manejo en los negocios a la aristocracia tradicional. Aun más: logró suplantarla en el campo de la política.

Así llegó a formarse una mentalidad económica basada en el espíritu de empresa, identificada con el trabajo creador y el esfuerzo individual. Estos sectores estuvieron marcados por el estilo burgués ya que habrían sido extraordinariamente permeables a la influencia de los comerciantes foráneos. Ellos hicieron un gran aporte a la audacia y a la imaginación porque tenían otra mentalidad, propia de un ámbito cultural basado en una filosofía que valoraba la acumulación material y el culto del individuo.

El reciente trabajo de Paul Gootenberg (1993) analiza los postulados económicos de estos grupos emergentes en relación al desarrollo del país en la coyuntura de la progresividad falaz del guano (1840-1880). Lo importante de esta investigación es comprobar cómo algunos miembros de la élite de entonces se preocuparon en desarrollar un conjunto de ideas orientadas en no desaprovechar los capitales provenientes del guano e invertirlos para fortalecer la economía local y promover una “industrialización” observando los ejemplos de Europa y, sobre todo, el norteamericano. Para ello el autor también

ha revisado abundante material documental y algunos periódicos como *El Comercio*, *El Correo del Perú*, *El Progreso*, *El Hijo del Pueblo*, *La Patria* y *El Telégrafo de Lima*, entre otros.

Conocedor del pensamiento político peruano luego de la Independencia, Gootenberg esta vez se detiene a reseñar seis obras que considera “fundamentales” dentro de la coyuntura guanera: el *Ensayo sobre el porvenir de la industria algodonera fabril del Perú* de Juan Norverto Casanova (1849), la *Estadística general de Lima* de Manuel Atanasio Fuentes (1858), los *Estudios sobre la provincia de Jauja* de Manuel Pardo y Lavalle (1862), el *Ensayo sobre varias cuestiones económicas del Perú* de Luis Benjamín Cisneros (1866), el *Estudio sobre la independencia económica del Perú* de Juan Capello y Luis Petriconi (1876) y los *Apuntes para la historia económica del Perú* de Luis Esteves (1882). Grupo heterogéneo, pues en él se encuentran abogados, industriales, estadistas e historiadores, no obstante, la lectura de sus ensayos nos aleja de aquella generalización que vio a toda la élite de entonces como rentista y parasitaria, carente de toda visión global del país, defensora de intereses económicos minúsculos y servidora incondicional del imperialismo británico. Ya es hora de replantearnos toda esa visión maniquea de nuestro siglo XIX; algunos investigadores lo están logrando sin caer en los esquemas dependentistas de muchos historiadores de la década de 1970, de formación marxista, que tejieron una imagen casi grotesca de esta élite —matizada con denuncias de robos, estafas y especulación— que fue aceptada mecánicamente en ciertos ambientes académicos. Claro que muchos postulados de estos ensayistas decimonónicos tropezaron con una realidad más rica y compleja de lo esperado, y que muchas de sus demandas fueron aplicadas parcialmente —como la construcción de los ferrocarriles, el control por parte del Estado de la explotación del guano y los esfuerzos en fomentar la capacitación profesional con la fundación de varios centros de altos estudios— sin embargo, esta no es razón para desmerecerles su preocupación por el *adelantamiento social del Perú*, para tomar una frase de entonces.

Pasando a otro aspecto importante sobre el punto, estos grupos emergentes, tanto peruanos como extranjeros, no tardaron de contraer vínculos con la aristocracia tradicional que a estas alturas se debilitaba cada vez más en su riqueza, influencia y poder. Los grupos tradicionales no opusieron resistencia, por el contrario, admitieron el ascenso de nuevos personajes, sea porque ella misma poseía ya rasgos burgueses o porque las fortunas recién formadas tenían un brillo muy atractivo. Todo este proceso influyó en la modernización económica, el prestigio de los extranjeros y sus negocios, el

espíritu liberal y un estilo de vida más desenvuelto y ostentoso. En lo anterior habría un caso típico de confluencia de voluntades, pues los grupos emergentes imitaron por su parte elementos de la vida aristocrática: buscó el parentesco con familias tradicionales y adquirió grandes propiedades agrícolas que les otorgaban en el plano social una estimación de sabor arcaico.

En síntesis, lo que empieza a suceder en la era del guano fue el aburguesamiento de la aristocracia y la aristocratización de la “burguesía” como tendencias paralelas, que se mezclan íntimamente y terminan estructurando la oligarquía, a la que debemos tipificar sin aplicar aquellos parámetros o etiquetas que bien pueden servir para un análisis de la Europa del siglo XIX.

4. *Los nuevos liberales*: La primera administración de Ramón Castilla (1845-51), ayudada por los ingresos del guano, auspició el surgimiento de un nuevo grupo liberal que pronto ingresó a las esferas del gobierno logrando implantar por primera vez en el país el libre comercio. La razón era sencilla: se pensaba que esta política era la solución para la estrechez fiscal, la integración nacional y una paz duradera; el lema era esta vez “orden y progreso”.

Los antiguos proteccionistas se desengañaron con su antigua política que les impedía incorporarse al capitalismo del Atlántico Norte. No obstante, este neoliberalismo peruano comprendía cuatro pasos clásicos del liberalismo: reducido papel del estado en la economía, supremacía de la sociedad civil, impulso al comercio de exportación y reglamentación del control externo. Es decir, pretendían construir en pocos años, y por decretos, lo que a Europa le había tardado cuatro siglos en lograr.

De otro lado, este proceso condujo a la élite distanciarse de sus antiguos aliados proteccionistas (artesanos y tenderos, por ejemplo) quienes rechazaban el libre comercio y a los comerciantes foráneos. Aquí cometieron otra contradicción: con este discurso estaban dejando de lado al sector económico que hubiera servido de base a la industrialización que tanto anhelaban. Así su prédica “democrática” se desvirtuaba al defender una economía más estrecha y elitista.

Esta “modernización” que postulaban se desarrollaba en un contexto de economía de exportación. Esto las hacía olvidar el problema de crear un mercado interno de consumo, lo que hubiera permitido la formación de una amplia clase media que aportara valores distintos y opuestos a los tradicio-

nales. El discurso, entonces, contribuía a distanciar más a la élite del resto de la población, hasta constituir dos economías casi paralelas: una que vendía productos al exterior y que compraba del exterior todo lo que necesitaba, y otra que vivía aún en el circuito cerrado de la economía tradicional de autosubsistencia. No les interesaba incorporar ese vasto espacio andino y a sus pobladores. Un conspicuo liberal de entonces, Sebastián Lorente, hombre muy influyente en la educación de aquel entonces, se expresaba en los siguientes términos sobre los indios “yacen en la ignorancia, son cobardes, indolentes, incapaces de reconocer los beneficios, sin entrañas, holgazanes, rateros, sin respeto por la verdad, y sin ningún sentimiento elevado, vegetan en la miseria y duermen en la lascivia” (Lorente 1980: 117).

Como señalábamos más arriba, estos liberales se limitaron a reiterar sus puntos doctrinarios en un vacío social: basaban sus principios sobre un país que ellos se imaginaban. Había un desfase, por ejemplo, entre aquel debate académico y doctrinario (Guadalupe-San Carlos) y el proceso político, marcado aún por el militarismo, la falta de grupos sociales coherentes y de fuerzas políticas —léase partidos— capaces de identificarse con una base social y una orientación ideológica. Este liberalismo era más bien de carácter urbano y tenía un discurso occidental que ignoraba las peculiaridades del país, lo que demuestra el profundo aislamiento geográfico y mental que se vivía frente al sector mayoritario de la población.

No tardaron estos “liberales”, junto a otros intelectuales más bien *pragmáticos*, en agruparse políticamente. El Club Progresista de Domingo Elías y el Partido Civil de Manuel Pardo fueron las principales agrupaciones que propusieron al país la modernización del Estado y la consolidación de una élite civil que pudiera asumir los destinos de la nación.

Domingo Elías, caudillo civil, fue candidato sin éxito a la presidencia en 1850. Su movimiento afirmaba que los problemas del Perú no se debían a la independencia de España sino a la adopción incompleta de instituciones liberales. A partir de esto, sus asesores trazaron una imagen irreal del país. Pensaban que se vivía un afanoso empeño por cultivar la inteligencia, que la propiedad privada y la tolerancia religiosa eran un hecho y que estaban consagrados los derechos del individuo. Entre otras cosas, pretendían instaurar un gobierno civil, fomentar la inmigración europea, reeducar los gastos militares, difundir la instrucción pública y fortalecer los lazos entre el Estado y la sociedad civil quebrados por el caudillismo militar (Orrego 1990).

El movimiento de Manuel Pardo y Lavalle se presenta más complejo en tanto aparece como una respuesta ante los malos manejos que habían efectuado los gobiernos anteriores —siempre presididos por militares— con el dinero del guano. Cabe señalar que este grupo civilista recogió lo esencial del liberalismo surgido desde 1850 y del programa de Elías. Su líder en cambio, se presenta como un hombre moderno, poseedor de una considerable fortuna gracias al esfuerzo personal y con dotes de estadista. Desafortunadamente, cuando Pardo llega a la presidencia en 1872 encuentra un país en bancarrota —algunos puntos de su programa son aplicados en forma parcial— convirtiéndose en testigo casi impotente de una de las peores crisis que ha experimentado el Perú en su historia republicana; y si este civilismo se empeñaba en aglutinar a los sectores populares, su llamado no parece ser una necesidad sentida por los convocados (Mc Evoy 1989).

Hasta el momento podríamos concluir que estos liberales del XIX proponían, como lo ha reconocido Fernando de Trazegnies, una “modernización tradicionalista”, es decir, recibir elementos capitalistas sin modificar la estructura social (Trazegnies 1987). No reclamaron en forma clara la formación de una clase burguesa con una conciencia social propia que asumiera el manejo de la modernización. Más bien era esta nueva élite oligárquica quien se encargaría de dirigir el proceso.

Esta modernidad peculiar conservaba un clima social aristocratizante que generó ambivalencias entre la prédica liberal y la percepción jerárquica de la sociedad: fue todo un proceso de adaptación donde la élite absorbió elementos de modernidad liberal-capitalista compatibles con su dominio aristocrático. Fue por esta razón que no se quebró el orden social existente, ya que la oligarquía se reservó una buena dosis de filosofía liberal, elementos de tecnología capitalista y algunos burgueses que en lugar de ser difundidos socialmente —como ocurrió en Europa y Norteamérica— fueron reservados a este grupo reducido. En consecuencia, estos elementos modernos contribuyeron a acentuar la distancia entre la élite y una mayoría que vivía en un mundo tradicional y arcaico.

BIBLIOGRAFIA

- BASADRE, Jorge
1980 *Elecciones y centralismo en el Perú*. Universidad del Pacífico, Lima.
- BONILLA, Heraclio
1974 *Guano y burguesía en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- COTLER, Julio
1978 *Clases, estado y nación en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- GANDOLFO, Flavia
1991 *Política e ideología en el pensamiento de José María Quimper*. Tesis de Bachillerato, Universidad Católica, Lima.
- GILBERT, Denis
1982 *La oligarquía peruana: historia de tres familias*. Horizonte, Lima.
- GOOTENBERG, Paul
1989 *Between Silver and Guano: Commercial Policy and the State in Postindependence Peru*. Princeton University, New Jersey.
1993 *Imagining Development: Economic Ideas in Peru's "Fictitious Prosperity" of Guano, 1840-1880*. University of California Press, Los Angeles.
- GRIFFIN, Charles
1949 "Economic and Social Aspects of Spanish American Independence", *Hispanic American Historical Review*, 29 (170-187).
- LORENTE, Sebastián
1980 *Pensamientos sobre el Perú republicano del siglo XIX*. Pontificia Universidad Católica, Lima.
- LYNCH, John
1986 "Las guerras de independencia en América Latina", *Historia Universal*, vol 21. Salvat, Barcelona.

- MARCONE, Mario
1991 *Imigración espontánea europea e ideología civilista en el Perú Siglo XIX*. Tesis de Bachiller, Universidad Católica, Lima.
- Mc EVOY, Carmen
1989 *Manuel Pardo, pensamiento y proyecto político: aproximación hacia un intento de modernización en el Perú*. Tesis de Maestría, Universidad Católica, Lima.
- OLAECHEA, Soledad
1993 *La dirigencia del Partido Civil: aproximación hacia una mentalidad moderna*. Tesis de Bachiller, Universidad Católica, Lima.
- ORREGO, P. Juan Luis
1990 “Domingo Elías y el Club Progresista: los civiles y el poder hacia 1850”, *Histórica*, vol XIV, nº 2 (317-353).
1993 “Mercurio Peruano y regionalismo criollo”. Ponencia al Primer Coloquio Interdisciplinario de Humanidades. Universidad Católica, Lima.
- PALACIOS, Maria Luisa
1989 *Un empresario peruano del siglo XIX: Manuel de Argumaniz*. Tesis de Bachiller, Universidad Católica, Lima.
- TRAZEGNIES, Fernando de
1987 “La genealogía del derecho peruano. Los juegos de trueques y préstamos”, en Alberto Adrianzén (ed.), *Pensamiento político peruano* (99-133). Desco, Lima.
- WALKER, Charles
1991 “Montoneros, bandoleros, malecheros: criminalidad y política en las primeras décadas republicanas”, en Carlos Aguirre y Charles Walker (eds.), *Bandoleros, abigeos y montoneros: criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*. Instituto de Apoyo Agrario/Pasado & Presente, Lima.
- YEPES, Ernesto
1972 *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.